

# Tampoco esta noche

Iris García Cuevas

Recuerdo el día que intenté suicidarme. Era viernes y estaba borracha. Me había enterado, por un descuido tuyo, de que tu amor estaba en otra parte. Lloré, con toda la rabia de la que fui capaz. Me revolqué en la cama, te maldije, hice pedazos un par de tus camisas sin conseguir sentirme menos pinche. Bebí, porque en ese momento no pensé en otra cosa que pudiera ayudarme. Fue hasta el quinto mezcal cuando pensé en morir. “De qué sirve la vida si a un poco de alegría, le sigue un gran dolor”, me reveló la Vargas con su voz desgajada. Apreté “repetir” para que me cantara en toda mi agonía. Moriría empastillada. Busqué en el botiquín, pero sólo teníamos analgésicos. *A lo mejor me muero*, pensé. Me empiné la botella de mezcal y tragué las pastillas. *Quiero que cuan-*

*do llegues encuentres mi cadáver, quiero que sepas que morí por tu culpa y quiero que la culpa no te deje vivir*, le grité a tu retrato antes de estrellarlo contra el piso.

Cuando se terminaron, pastillas y mezcal, tenía el cuerpo entumido, ganas de vomitar. Me imaginé tirada en medio de la sala, ahogada con mi vómito. Te imaginé en la puerta, mirándome con asco. *No, así no*, pensé. Apenas alcancé a llegar al baño. Me vacié. Una mujer gastada me vio desde el espejo con sus ojos hinchados. “Me parece mentira, después de haber querido como he querido yo, me parece mentira encontrarme tan sola como me encuentro hoy”, cantó la del espejo. Me desnudé con ella. Nos miramos. Supe que era mi culpa que te fueras con otra. Me merecía una muerte dolorosa. Sal-



Kimi Kimoki, sin título, 2005

tar a un precipicio y que mi carne flácida, mi piel envejecida, cada uno de mis huesos, mi cuerpo completito padeciera el castigo por haber permitido que tu amor se mudara. Pero no tenía ganas de salir a la calle, buscar un edificio con la altura adecuada, subir a la azotea y saltar al vacío. Cerré los ojos para escapar de mí y abrí la regadera. *Qué ganas de morir, casi por accidente, sin esforzarse mucho, un descuido, resbalas, tu nuca encuentra el filo de la taza del baño, y ya, eso fue todo, quizás un chorrillo ralo brotando de una herida para que no haya duda.*

El agua estaba fría. Volví a sentir al diablo enroscado en mi vientre, removiendo mis tripas, untándome por dentro con su saliva ácida. La rabia reventando. Intenté contenerla, respiré varias veces. “En un rincón del alma también guardo el fracaso que el tiempo me brindó; lo condeno en silencio a buscar un consuelo para mi corazón”. Apreté bien los dientes para ya no gritar, para no darme lástima. Estrellé mi amargura contra el cancel del baño. Un instante de caos. El acrílico roto, el espejo estrellado, un corte en diagonal en la pierna derecha que pintaba de rojo el desconcierto. Así se me ocurrió lo de las venas. *Morirme desangrada, vaciarme de a poquito, apagarme.* Tomé un trozo de espejo y traté de encajarlo en mi muñeca izquierda, pero me faltó fuerza, ovarios, qué sé yo; apenas conseguí unos cuantos rasguños que un gato callejero habría hecho mejor. *Pendeja, me dije, no tenía gracia ni para suicidarme.*

“En un rincón del alma me falta tu presencia que el tiempo me robó; tu cara, tus cabellos, que tantas noches nuestras mi mano acarició”. Me enrosqué como araña pisoteada. Desperté con resaca. *Tuve una pesadilla, pensé.*

Pero Chavela Vargas seguía cantando recio. Tenía el cuerpo entumido, sangre seca en el muslo y un desmadre en el baño. Me sentí avergonzada. Quise limpiarlo todo antes de que llegaras. Fingir que no sabía, que todo estaba bien. Busqué mi celular para llamarte y encontré tu mensaje: *No sé cuándo regrese. Quizás en un par de días. Te aviso. Besos. Bye.* Arrojé el aparato contra el piso. No entendía en qué momento el *por fin te encontré, el amor de mis vidas, el voy a amarte siempre* se fueron al carajo. Traté de encontrar en la memoria un indicio del día que empezaste a mentir. *Tal vez siempre mentiste, tal vez el amor nunca existió.*

“En un rincón del alma me duelen los te quiero que tu pasión me dio. Y seremos felices. No te dejaré nunca. Siempre serás mi amor”. Sonó mi celular, apareció tu nombre, pero no tuve tiempo de preguntarte nada. *Tenemos un problema,* dijiste, con la voz temblorosa. *Beatriz, ¿estás ahí?; Contéstame, chingao!* Juro que abrí la boca, pero nada salió. Y luego la otra voz: *Tenemos a su esposo, queremos un millón o vamos a matarlo.* Colgué. Volvió a sonar. *No estamos para juegos, hija de la chingada, lo vamos a matar, ¿entiendes?* “En un rincón del alma donde tengo la pena que me dejó tu adiós”, tararé la canción antes de pedir que nos comunicaran. *Amor, me tienes que ayudar,* dijiste, como si me quisieras. *Que te salve tu puta.* Apagué el celular, desconecté el teléfono y canté con Chavela: “Me parece mentira que tampoco esta noche escucharé tu voz”. **u**

Iris García Cuevas (Acapulco, 1977) es autora de *Ojos que no ven, corazón desierto* (cuentos, 2009) y *36 toneladas* (novela, 2011).



Kimi Kimoki, sin título, 2007